

EL GRAVE PROBLEMA DE UN JARDÍN

Todas las plantas y arbustos vivían felices en ese enorme jardín, claro que a veces no faltaban las peleas entre ellas, por ejemplo el "pacay" se quejaba:

- Señora Uva no invada mis troncos, con sus manos me molesta, ¿sabe?

Y la señora Uva le contestaba.

- ¿Pero por dónde me podría agarrar? Mis ramas caerían al suelo y mis hojitas morirían.

- No lo sé, ese ya no es mi problema, isólo le pido que las retire! Yo también tengo hojas y frutos que cuidar.

Y la señora Uva y el "pacay" ya no se hablan más. Por el lado izquierdo las dalias y las margaritas discutían sin parar.

- Que yo soy más bonita - gritaba la dalia.

- No, yo soy más bonita y valgo más que usted Señora Dalia, yo simbolizo el amor y por eso las jóvenes acuden a mi para saber si sus novios las quieren. En cambio usted ... no simboliza nada de nada.

- Aaaaah! ¡ya cáyese! En vez de tener el nombre de margarita debería tener el de "vanidosa" ya veremos quien vale más.

- ¿Y cómo lo sabremos?

- Fácil la que atraiga más abejas y colibríes gana

- ¡Hecho!

Cada planta y arbusto tenía sus pequeños problemas y a veces no sólo se peleaban por eso sino también por esto:

- Señor, señor Locotooo! hágase a un lado, ¿no ve qué me pica y me muero de frío porque usted me quita el sol?

- No me moleste D. Jazmín, este es su problema, el sol está a mi lado y no es mi culpa que mis hojas toquen las suyas.

- ¡Ah! Está bien, pero cuando se chamusque no me venga pidiendo sombra. Quite sus hojas que me dan alergia.

Los días pasaban, siempre con alguna discusión, pero un día algo cambió. Resulta que la señora Uva dejó de quejarse, decidió tener sus ramas caídas en el suelo, se la veía cada vez más débil... era porque había cojido un bicho mortal que se iba comiendo sus hojas y poco a poco se entraba en el fruto y lo reventaba... las plantas vecinas se empezaron a preocupar, ya que extrañaban a la señora Uva alegre y divertida. Pero ellas no sabían lo que les podía esperar...

Las abejas hicieron bien su trabajo. Debajo del árbol más grande y más sabio, D. Eucalipto, cayó una semilla...

Pasaron los días, los meses y el asunto ya era para asustarse, el bicho mortal no sólo estaba en la S^a Uva, sino también en las plantas que estaban a su alrededor, hasta en el mismo "pacay", las flores jhabían perdido su hermoso color, a las abejas les daba miedo acercarse. Ya no se quejaban por el sol o por quien era más bella sino por el dolor:

- ¡Ahhh! Señora Dalia no siento mi pistilo.
- Yo no siento mis hojas iwaij!, es más ya no puedo moverlas iaah! ibuaah!
- Deja de llorar o terminaremos llorando juntas.
- ¿Pero te das cuenta de que todos sufrimos con esta enfermedad?
- No todos, se salva de esto D. Eucalipto y esa rara planta que está debajo de él.

Era cierto, esa rara planta era un rosal que iba creciendo gracias a su amigo Eucalipto que era un árbol callado y reservado que no contaba sus heroicas historias porque ya las había contado tanto que los demás se las sabían de memoria por lo que se fue haciendo amigo de la soledad.

Hasta que un día el árbol habló:

- Amigos, amigos, escuchadme por favor os lo pido, todos estáis muriendo lentamente, sois devorados por esos bichos y... tengo la solución.

Todas las plantas infectadas empezaron a interesarse, eran muy jóvenes para morir...

- Sed solidarios, todos tenéis que poner de vuestra parte.
- ¡Hey! Señora Dalia, ¿se ha dado cuenta que esta planta que está debajo del eucalipto es más bella que nosotras?
- Sí - intervino la señorita trabajadora - incluso atrae más abejas que nosotras
- Pero lo más raro es su flor, atrae no sólo a las abejas y colibríes sino también a los dueños del jardín - dijo la S^a Uva.
- Tanto es así que ni se han dado cuenta de que nos estamos muriendo.

Y de esa manera todas las plantas empezaron a hablar del tema y no prestaron atención al viejo árbol que hablaba y hablaba...

- Si, tendrá que morir esa plantucha.
- Oí que tiene el nombre de Rosa.
- Sí, pero no es más bella que nosotras.
- ¿De verdad lo crees Margarita? Yo diría lo contrario.
- S. Locoto, nadie pidió su opinión y ...

Tanta era la bulla que D. Eucalipto se dio cuenta que estaba gastando palabras en vano, entonces miró sonriente a su amiguita rosal.

- Tu puedes salvarnos a todos de esto ¿sabes?
- ¿Yo, señor?, ¿pero cómo? A penas me puedo mantener viva, mis hojas son demasiado débiles y mis espinas no me sirven de nada.
- Las plantas que están a tu alrededor se salvan del bicho ¿no te diste cuenta? Además les caes bien.
- ¿Cómo sabe eso, señor?
- Aunque son plantas pequeñitas y no pueden hablar se comunican con gestos y señas, viven felices aceptándose como son; pero las plantas

del otro lado ,que si pueden hablar sólo lo hacen para quejarse de la vida y de sus vecinos, nunca encuentran soluciones y por eso el bicho las ataca con saña.

- ¡Wao! No me di cuenta de eso, y ¿qué se puede hacer?
- Mientras sigan discutiendo, sigan evidiándose, con rabia y no compartan lo que tienen, seguiran sufriendo. Sin embargo tu puedes ayudar. Los bichos te tienen miedo, eres como un cristal inocente e inofensivo, no sólo tendrías que estar en este lugar sino también en todo el jardín... así los bichos huirían de tu belleza y se irían a otro rincón.

Como D. Eucalipto tenía una voz potente las plantas enfermas escucharon palabra por palabra, se sintieron avergonzadas, el dolor se les había ido a otra parte, se miraban unas a otras... se dieron cuenta de que habían sido egoistas y nada solidarias.

- S^a Dalia ¿le dije qué está más hermosa hoy?
- Jajaja D^a Margarita me hace sonrojar, ¡gracias! Pero... usted está más bella que yo.
- No, usted.
- No, usted señora...

Y el S. Jazmín le decía al S. Locoto:

- ¡iiiiAchi!!!!!!
- ¿Qué pasa amigo Jazmín? ¡aaaah! Le pican mis hojitas, si quiere las retiro...
- No, no es necesario me gusta que me piquen.
- Entonces déjeme compartir mi sol con usted.
- Eso me parece bien...

Y el Pacay hablaba con la S^a Uva:

- ¿Se acuerda de esa vez D^a Uva?
- ¿Esa vez de los bichos que casi nos mataron? ¡Oh!, sí, fueron duros momentos
- Sí, pero al final nos llevamos bien y decidieron irse.

- Prepararon las maletas y se fueron decepcionados.
- Es verdad... mire usted por todo el jardín hay muchas rosas, se ve más bello nuestro pequeño paraíso. ¡Eh!!! , ¿Qué me toca Doña Uva?
- Es... sólo una muestra de cariño.
- ¡Ah! No me engañe ponga, ponga sus mmmmanos en mi tronco pero sin abusar ¿eh?

A ese jardín llegó nuevamente la tranquilidad, listos para recibir nuevas sorpresas y aprender a sacar el lado bueno de los momentos malos que les tocaba vivir...

Gerardo Pereira Soria, 12 años
C. Montessori
Huelva